

MANUSCRITO DE UN CONQUISTADOR ESPAÑOL

¡Oh España!
de los pálidos en éxtasis y el Andante
Caballero de la Locura.

¿Me amaste a fin de cuentas?

Francisco Araujo: *Historia
en primera persona*

SÓLO dos amigos del paleógrafo y tres mujeres, una de las cuales halló la misteriosa botella arrojada por el mar a la playa oyeron de sus labios este relato:

“Sancho Jiménez me llamo, para servir desde la otra vida a vuestras mercedes. No sé a ciencia cierta dónde nací, pues que mi madre, que había enviudado, casó después con un arriero que andaba de aquí para allá por las tierras de La Mancha. Estuvo llena de mí nueve meses y tuvo dolores de parto en tal manera que hubo de desviar la ruta y llegarse a donde pudiera arrojarme a la luz sin estorbo de nadie. Accidentado nací, en un pueblo cuyo nombre ignoro y cuya faz desconozco, porque enseguida mi padraastro llenó de hijos a mi madre, y como la cazuela no alcanzaba para todos, tuve que irme.

Sin embargo de no conocer mi pueblo, su nombre desconocido y el semblante que, sin conocerlo, le di, estuvieron en mí como parte de mi cuerpo.

Desde los trece años corrí mundo por mi cuenta y diré que Fortuna me fue parcial. Conocí el hambre, la sed, los cardenales en el cuerpo, los sueños desaforados, porque en esos campos

Vladimiro Rivas Iturralde

abiertos donde no había más que para el sustento de uno solo y su mula, había espacio de sobra para que mis imaginaciones se echaran a volar.

Conocí y usé los artificios de Lázaro de Tormes, mi gemelo. El ciego me robó y yo robé. Me engañó y aprendí a engañar. Tanto supe de estas artes que pude hacerme pasar por estudiante, licenciado, canónigo o barbero. Pero detrás de todo lo que yo hacía cerníanse los mastines del Santo Oficio y su fuego. El Santo Oficio hablaba aquí y no había ánima terrena que pudiera replicarle. Por eso, todos mis actos llevaron la marca del fingimiento. Todo lo hacía a escondidas o entre dimes y diretes. Ya perdí la cuenta del número de veces que sufrí del mal de ropilla: por huir del Santo Oficio y también de los perseguidos por él, que eran bellacos de verdad, desgarré mis vestiduras en los caminos y pasé muchos días en cama cosiéndolas y escondiéndome de todos. Tanto supe de las artes de Lázaro que una noche, en una venta en que me hice pasar por estu-

dante ante uno que en verdad lo era y era noble, y nada sabía de mis artes y quería curiosar en ellas, simpatizó conmigo y me llamó a su servicio. Así pude salir de La Mancha y conocer la blancura musulmana de Granada, que se me quedó en el alma para siempre; allí me cautivó también el alfanje doblegado: el dominio, la conquista. Conocí también Sanlúcar de Barrameda, donde oí por vez primera, en las tabernas de los muelles, noticias del lejano país de la Canela y del Catay y el Cipango. Pero aún era yo escudero y tenía mis obligaciones, de modo que seguí al estudiante, y para que no me llamaran poltrón aprendí sus artes de Salamanca. Ahí lloré como Alejandro al saber que habiendo tantos mundos como decían, yo no era señor de ninguno. Salamanca me enseñó los versos de Séneca, en cuya voz antigua me reconocí, que hablaban de la Atlántida y de la Crónida; me enseñó el

Libro de las Maravillas del Mundo de Jehan de Mandeville y el *Libro de Marco Polo*. Mi futuro estaba allí: mi futuro, una fuga desde el pasado.

Huí de Salamanca como siempre había huído y me refugié de nuevo entre los marinos tuertos, las putas, los comerciantes, los follones y malandrines que en Sanlúcar de Barrameda se quedaban soñando al ver partir a las carabelas en viaje hacia las Indias, y que no se movían de ahí esperando su regreso. Ahí me dejé seducir por los monstruos marinos del mar desconocido y de más allá de Taprobana, la ballena de San Brendán, el zaratán, y los dioses Poseidón y Tritón, las sirenas y Polifemo, el bochornoso Eolo y la temible Escila. Pero ya corrían de boca en boca también los mitos nacientes: el astrolabio, el cuadrante, la ballestilla, el almanaque, las cartas de navegación, la aguja de marear, las mismas embarcaciones.

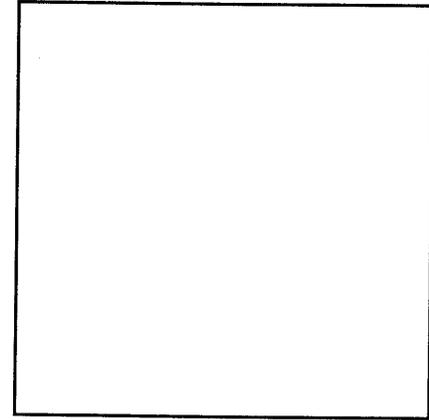
Un día dieron conmigo; querían obligarme a cosas que no acertaba a

comprender. Yo buscaba el razonamiento y me dieron la fe, buscaba el gobierno y me dieron el temor y la obediencia, buscaba el orden y me dieron el Santo Oficio. Y no había cómo transigir. Pero como yo me resistí, me dieron de palos y me sumieron en un calabozo. Entonces comprendí que siempre había estado yo en ese calabozo y que debía planear una fuga radical. Por eso, por no confesar los palos que me dieron pude seguir viviendo y lograr que me soltaran. Desde entonces sólo esperé la oportunidad de partir y de soltar la lengua. Yo, que supe del silencio de Mahoma en sus mármoles blancos y del silencio de Cristo en su cruz doblegada.

De nuevo en Sanlúcar de Barrameda observé algo que tiene capital importancia en mi historia. El monarca hizo divulgar las palabras de un almirante Colón que había llegado a las Indias y que decían así: «El oro es excelentísimo; de oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene hace cuanto quiere en el mundo y llega a que echa las ánimas al Paraíso». Pero los nobles señores no se inmutaron ante la nueva, los austeros y místicos señores no quisieron moverse porque ellos tenían su lugar en la península. Yo, el pícaro, fui quien tuvo que salir. Se hizo la contrata al que estaba demás en España. Por eso partí.

Partí sin plan alguno, tal como había vivido, hacia ese robusto azar que daban en llamar las Indias.

Credme, que no hay engaño en mis palabras: navegué el mar Océano,

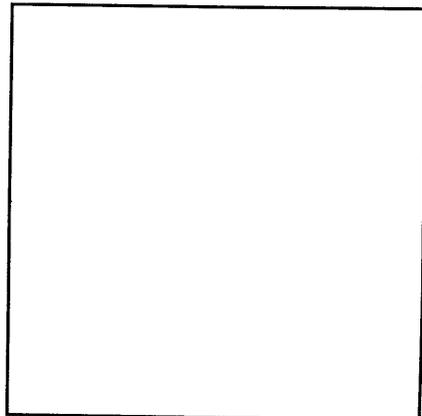
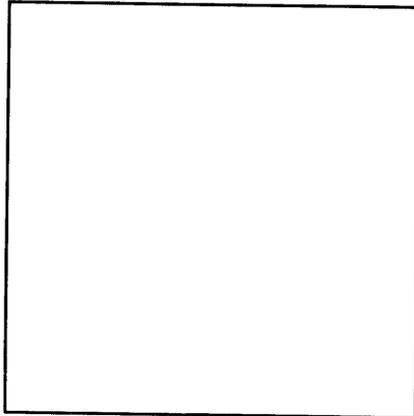


espantajo de mis predecesores. Con cada nueva salida del sol una nueva ilusión me nacía: ahora reconocía en mí un eco de las palpitaciones guerreras de la Reconquista de España; luego era el brillo del oro que allá me esperaba; en fin, este larval y creciente deseo de borrar mi pasado y de dar forma a algo que no tenía ninguna. (Yo, ¿demiurgo?)

Buscaba la tierra de los antípodas, de mis antípodas. Iba en pos de mi propia imagen, invertida.

El furor del viento y el sabor de la sal marina me hacían ya en Trapobana y en la tierra de las Especias, en el Catay y el Cipango. Pero he aquí que esa tierra sin forma que al otro lado me esperaba — la tierra de mis antípodas — era una tierra nueva, que debía hacer de mí un conquistador.

Se buscaba el Catay y el Cipango, y otra tierra era. El Nuevo Mundo nació de un error, y como llegué sin plan alguno, yo, el conquistador, fui conquistado por la tierra: amé a esta tierra en cuanto la vi porque me rescataba



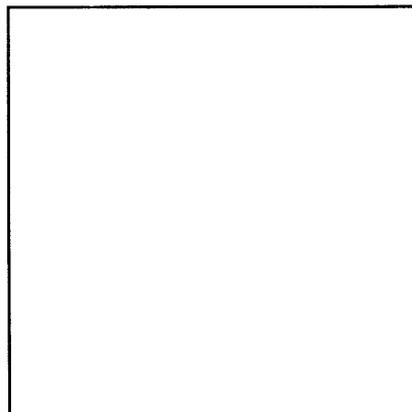
de oscuras andanzas, de palos y de cárceles; digo mal, tuve gratitud con ella, pues que realizaba mis sueños; ella misma era la encarnación de mis sueños. Pero yo traía soluciones hechas, esquemas, a una tierra que no se dejaba aprehender pues estaba en bullente y perpetuo movimiento. Mi arma contra el caos fue este mi ser castellano, mi propio pasado. Amé, dije, esta tierra, porque me rescataba... pero me decepcionó en gran manera cuando, más allá de las filas de troncos que miran al mar, me reveló lo que verdaderamente era: una inmensa cosa tosca, salvaje, brutal, desafortada, y de esta manera me hizo indiferente al morir, a la pérdida gradual y común de la salud y la vida; acicateó de esta suerte mi voluntad de muerte. ¡Cuánto exigió de mí esta tierra, cuánto! Me obligó a trabajos grandísimos y penosos, a innumerables fatigas, a soportar miserias sin fin, climas inhumanos, embates telúricos, salvajeándome. Esta tierra me obligó a parecerme a ella; borró de mí todo rasgo cristiano. ¿Comprenderéis ahora lo que hice?

Las mismas palabras que yo traje no se correspondían con lo nuevo de este Nuevo Mundo (y todo él era nuevo). Mi voz castellana sonaba aquí deforme y busqué —tuve que buscar— desesperadamente las cosas que obedecieran a mi voz, mas no la voz con que llamar a las cosas. Y como no las encontré, me empeñé en inventarlas.

No os sonriáis, pero hice cosas como éstas: sumergir mi mísero cuerpo hasta la cintura en un mar infinito, en el mar del Sur, y tomar posesión de él; o caminar, medir con mis pasos la extensión de las Indias Occidentales, de norte a sur, casi en su total extensión. ¿Me creéis?

Yo, el conquistador, supe la derrota del improvisador, pero ya no quise volverme atrás. Estaba decidido a perderme en el Nuevo Mundo. Hice quemar mis naves a fin de no regresar en el caso de que Dios o el Diablo me dijeran al oído: «¡Ve, regresa!»

Y aquí salió a relucir mi arma contra el caos: a tajo y mandoble impuse mi religión, mis templos, mis hábitos. Tomé venganza en los naturales, ya que no podía hacerlo contra la tierra que me negaba El Dorado. Buscando El Dorado, pasé por Tlaxcala y Texcoco, La Noche Triste y Tenochtitlán, Guatemala, Cartagena y Nuestra Señora de la Antigua, Quito, Cajamarca, Lima, Popayán y el Cuzco, Valparaíso, Andalién y Nuestra Señora de los Buenos Aires.



Arrebaté a los hombres sus mujeres y también ejercí sobre ellas mi venganza. Quería borrarlo todo, presa de místico arrebató y piadoso furor; quería sembrar en todas partes para convencerme de que no estaba solo, quería rodearme de mis antípodas — dulce ficción de mí mismo — y crear una ilusión de compañía. En batallas cuyas flechas y lanzas oscurecían el sol, impuse mi ira. En ciudades y altares que rindieron culto a Kukulcán, a Tláloc, Quetzalcóatl y Huitzilopochtli, al Inti, Huiracocha o Pachacámac, y que yo reduje a cenizas, establecí la Cruz, su sepultura.

Habría ya advertido mi hipotético lector por qué lo hice y cómo. No hago constar como en escritura pública, pero también he dicho por quién. No por el rey, que sólo fue una voz retórica para respaldar mis hazañas; tampoco lo hice, hablando con buen sentido, por Cristo (pese a que llevé mis capellanes en todas mis andanzas), pues sólo fue un plausible grito de guerra y recurso para justificar mi acción; lo hice por mí mismo, está dicho, y si lo repito es para indicar lo que fueron en mis conquistas la Corona y la Cruz. Por mí mismo, para escudarme de la culpa... (Ilegible)... El Dorado.

Si no eran pues, la Cruz y la Corona los que más importaban en esta conquista, el desenlace de mis campañas no podía ser otro que el de la discordia conmigo mismo. Así fue como supe de las rencillas de Pizarro y Núñez de Vela, de las presunciones monárquicas de Pedrarias Dávila, de Lope de Aguirre y... (dos líneas ilegibles)..., que escribo, solitario, desde una húmeda celda frente a las aguas del Mar del Sur mientras vienen por mí para tenderme el lazo en el cuello.

Ahora que el aire, el viento y mis recuerdos me saben a hiel; ahora que la amargura y la certidumbre de la derrota me dan lucidez, redacto y doy fin a esta confesión, urgido, como siempre viví, por la proximidad de la final derrota, de la muerte”.